



ARTICLES:

Christina Civantos. "The Pliable Page: Turn-of-the-21st-Century Reworkings of Villaverde's <i>Cecilia Valdés</i> ."	2
Guadalupe Gerardi. "Interrogating Monstrosity and the Grotesque in Griselda Gambaro's <i>Nada que ver</i> and <i>Nada que ver con otra historia</i> ."	13
Rodrigo Viqueira. "La escritura fonográfica de Rodolfo Walsh: La grabadora y la disputa por la voz obrera en <i>¿Quién mató a Rosendo?</i> "	21
Daniel Arbino. "'Together We're Strong': Cross-Cultural Solidarity in Angie Cruz's <i>Dominicana</i> ."	30
Marisela Fleites-Lear. "Miamiando: Performing Cubanness in the Time of Elián in Jennine Capó Crucet's <i>Make Your Home Among Strangers</i> ."	40
Teddy Duncan, Jr. "Politics of Dismissal and Death: <i>Tentacle</i> , Necropolitics, and the Political Subject."	49
Cynthia Martínez. "The Ghost and the Double: Identity, Migration, and Storytelling in Francisco Goldman's <i>The Long Night of White Chickens</i> ."	54

CREATIVE:

Lucía E. Orellana Damacela. "Blues."	65
Esteban Córdoba. Two short stories: "Espera" and "Risco."	69
Paul Evaristo García. "Darkest Before Dawn."	71
Ana Duclaud. "Alto Oleaje."	76
Alexander Ramirez. "The Decay of the Angel."	79
Shane Blackman. Three Sonnets: "Listen to Irene Cara", "Octavio Paz and the Nobel", "The Goals of Diego Maradona."	83
Allen Zegarra Acevedo. "Los de arriba."	85
Elliott Turner. "El Cautiverio."	87
Erika Said Izaguirre. "Del north al south."	95
Thomas Glave. "But Who Could Have Known? (Grief, Gratitude)."	104
Óscar Gabriel Chaidez. "Yuma."	111

REVIEWS:

<i>Nuevos fantasmas recorren México. Lo espectral en la literatura mexicana del siglo XXI.</i> Por Carolyn Wolfenzon. Madrid-Frankfurt am Main: Iberoamericana -Vervuert, 2020. 338 páginas. Reviewed by: Roberto Cruz-Arzabal.	115
<i>Le Maya Q'atzij/Our Maya Word: Poetics of Resistance in Guatemala.</i> By Emil Keme'. University of Minnesota Press, 2021. 258 pages Reviewed by: Ignacio Carvajal.	117
<i>Centenary Subjects: Race, Reason, & Rupture in the Americas.</i> By Shawn McDaniel. Vanderbilt University Press, 2021. 282 pages. Reviewed by: Anibal González Pérez	119
<i>Falso subalterno. Testimonio y ficción en la narrativa chilena de postdictadura.</i> By José Salomon Gebhard. Santiago: Piso Diez Ediciones, 2021. 196 pages. Reviewed by: Ana Traverso Münnich	121

El cautiverio

Elliott Turner

BIOGRAPHICAL NOTE: Elliott Turner es estadounidense de origen hispano. Ha redactado cuentos cortos y reportajes periodísticos en inglés y español para publicaciones diversas como Azahares, Apogee Journal, VICE, Fusion y The Guardian. Su novela, *The Night of the Virgin*, fue finalista para el International Latino Book Award en 2017. Actualmente vive en Houston.

Como un cañón divide una cordillera en dos, mi infancia también tiene dos partes. Mejor dicho, hay dos maneras de verla. Una manera —la primera— es borrosa pero alegre. La otra es clara pero perturbadora.

No sé cuál prefiero. Ambas oscurecen la verdad, pero a su modo.

Sin duda, yo era un niño consentido. Vivía con mi familia en una mansión de dos pisos estilo colonial, con un techo de tejas rojas, anchas paredes de adobe y una alberca en el patio de atrás. El piso cerámico —de azulejos de Talavera— mantenía fresca la casa durante los veranos calurosos. Extraño los ventanales ojivales. Aún puedo sentir con el yelmo de mis dedos la textura de las cortinas de terciopelo oscuro.

Vivíamos en Cimarron, un fraccionamiento exclusivo que formaba parte de la ciudad de Mission, Tejas. Asistía a una escuela pública, pero me enorgullecí cada vez que pude decir a un compañero la dirección de mi casa porque incluía la lustrosa Shary Road.

El ambiente era semidesértico, pero nuestra yarda siempre tenía pasto verde. Un bonito sendero de tezontle y lajas comunicaba de la calle al portón. La barda perimetral de seis pies de altura —según las reglas de la HOA— siempre estaba cubierta de hiedra. Gracias a nuestros arriates repletos de geranios, irises y lantanas en las primaveras venían a visitarnos muy seguido las chuparrosas.

Por las tardes, me gustaba sentarme cerca de la fuente en nuestro patio interior para relajarme. Yacía sobre un camastro de plástico tipo ratán y poco a poco me quedaba dormido al rumor del agua corriendo. En el verano, mi pasatiempo favorito era usar mi resortera para tirar guijarros a las ardillas traviesas que brincaban sobre el tejado.

Con una casa tan grande, recibíamos visitas de familiares a cada rato, todos de México. Era ola tras ola de tías, tíos, primos y primas, pero siempre había suficientes cuartos. Los socios del negocio de mi padre venían a visitar muy seguido, también de México. Sus estancias duraban semanas y siempre me extrañó que no fueran a hospedarse en algún hotel. Todos eran hombres de edad mediana con bigotes anchos, además de sonrientes, sin dejar de mostrar sus dientes falsos de oro. Verdaderos jefazos. Su atuendo típico era un

sombrero de charro, una camisa negra de vestir y un par designer de pantalones de mezclilla. Manejaban trocas chingonas estilo Ford F-250 con placas de Tamaulipas.

Un tipo ya ruco pero bastante cotorro venía con dos muchachos una vez, y hasta años después, cuando yo era más grande, me di cuenta de que eran sus guaruras. El señor me hablaba de sus vueltas por Tejas y había visitado a ciudades hasta en Europa. Me dio risa aprender de él que en Houston los bolillos y los negros comían acociles cocidos igual que los toluqueños.

Al fondo de la casa había un cuarto de servicio para las chachas. Nuestra primera mucama se llamó María, provenía de Matamoros y hablaba puro español. Yo hablaba español a medias y con un acento bastante mocho, entonces nos comunicábamos a través de gestos cuando era necesario. Recuerdo que tenía celos de su cuarto porque era un poco más grande que el mío y además su ventana tenía vista a la alberca.

La barda cercaba los cuatro lados del patio y la casa por completo. Además, contábamos con un vigilante —dos, de hecho, que trabajaban por turno— que permanecía en la caseta al lado del portón de acceso las veinticuatro horas. Me sentía protegido, seguro y tranquilo.

Dentro del hogar era distinto. No reinaba la tranquilidad. Mis padres peleaban a cada rato porque —según mi papá— mi madre «derrochaba feria» en prendas. También, mi padre se ausentaba de la casa y dormía Dios sabe dónde por ratos bastante largos.

Sabía que no eran viajes de negocio porque mi mamá se encerraba en su cuarto y lloraba desconsoladamente, quejándose de la pena y la urgente necesidad de un divorcio. Pero siempre regresaba mi papá con una nueva joya de diamantes y oro, y ese era su modo de reconciliarse.

A pesar de los conflictos domésticos y el drama resultante, yo era feliz. Recuerdo que en ese tiempo sentía como si tuviera todo el mundo al alcance de mis manos. Nada era imposible si se trataba de lana. Una vez, para mi cumpleaños, mi papá mandó a traer animales exóticos y armó una pachanga padrísima en la yarda de atrás. Aún conservo fotos donde aparezco sentado encima de un camello, sonriendo de oreja a oreja.

Ahora puedo admitir que vivía dentro de una burbuja, un lugar

privilegiado, y que yo era ciego. La realidad no se me haría visible hasta años después, pero todo comenzó la noche que Xóchitl vino a vivir con nosotros y trabajar como doméstica.

Ese fue el evento tectónico que terminaría provocando la ruptura irreparable de mi infancia, partiéndola en dos. En pocos meses, la tierra estable bajo mis pies se volvería una fisura humeante.

Era viernes por la noche, entonces mi hermana y yo teníamos permiso para desvelarnos viendo una película en el living con mi mamá. Mis padres ya habían despedido a María pocos días antes y nos dijeron que estaban por contratar a una nueva chacha. Alrededor de las once oímos el abrir y cerrar de la puerta principal desde el living. Nos asomamos para ver qué pasaba y conocimos a Xóchitl. La acompañaba mi padre.

Mi madre la abrazó y le dijo «bienvenida». Ni mi hermana ni yo nos atrevimos a acercarnos. Éramos jóvenes y ella era una desconocida, pero más allá de eso, algunos aspectos de la mujer nos eran desagradables.

Me da pena ahora, pero en aquellos tiempos —durante mi ciclo en la escuela primaria— yo era fresca. La miré y la juzgué por verse como una pordiosera despistada. Tenía puesto unos pantalones de mezclilla, sucios y manchados. Su sudadera de jerga tenía una manga rota y sus chancas de hule parecían totalmente desgastadas.

Xóchitl se veía mayor que mi mamá; tenía cuarentaitantos años, estimaba. Era chaparra, gordita y con los hombros tan anchos que parecía como si no tuviera cuello. Su pelo era azabache, pero tenía las raíces canosas. En ese momento traía el cabello largo y amarrado en una coleta.

Era prieta con los ojos rasgados y pestañas de aguacero. El rostro redondo, la nariz ancha y con la punta caída —como un pico escarpado imposible de trepar—. Se veía como una chiapaneca a mi parecer. Nos sonrió y me dieron asco sus dientes llenos de caries, chuecos y amarillentos.

Jamás olvidaré sus ojos color miel. En ese primer encuentro, parecían desorbitados.

Exclamó: «Un gusto conocerlos», y «estoy tan contenta de llegar al fin»; pero su mirada pasmada preguntaba con desdén: «¿Dónde chingados me he metido?». Se veía perdida, asustada y paralizada. Como un venado frente a los focos de un coche, aproximándose recio y que está por aplastarlo.

Mi madre hizo una mueca, nos jaló de los brazos y nos acercamos a huevo. Le estiré la mano, pero no hice contacto visual. Me la cogió firmemente y el olor de su aliento me revolvió el estómago. Apestaba a humo de cigarro y chicle de sabor a menta.

Me preguntó algo en español, pero no entendí. Alcé la mirada y di un paso hacia atrás, liberando mi mano. Mi mamá, consternada, se fijó en mi padre y luego en ella.

—¿De... de dónde es ella? Disculpe. ¿De dónde es usted?

—Yo soy de Guatemala.

—¿Guatemala? Pero... pero sabe cocinar con chile, ¿verdad?

—Ah, sí, señora. Viví en Reynosa por muchos años.

—...

—Yo sé cómo preparar tacos, tortas, guajolotas, pambazo, enchiladas, tamales, tamales de raja, quesadillas...

—Excelente.

—Mañana en la mañana les cocino huevos rancheros de almuerzo y preparo champurrado de tomar. ¿Qué le parece?

—Genial.

Mi padre la guio a su cuarto y, honestamente, yo tenía un poco de miedo. No entendí casi nada de la plática entre ella y mi madre. Su castellano me era ininteligible. Con toda mi concentración, distinguí una que otra palabra. Por lo menos ella sabía que en el Valle decíamos «almuerzo» en vez de «desayuno», pensé.

Hasta mi mamá —nacida en México, pero criada en los Estados Unidos— nos confesó que no sabía qué era «champurrado» o «guajolotas» o «pambazo». Toda esa semana en que ella estuvo a cargo de la comida nos preparó solo jugo de naranja y migas: pequeños trozos de tortilla de harina, tostados sobre un comal y servidos con un poco de sal. Se suele acompañar con queso fresco y huevos revueltos.

Me encantaban las migas y no tenía quejas, pero todo iba a cambiar.

Esa misma noche, por primera vez, cerré la puerta de mi cuarto con llave antes de dormir, pero no pude pegar ojo fácilmente. Pensaba en Xóchitl ocupando la habitación de ahí abajo. Su aspecto me recordaba a una bruja, a aquellas que siempre son las villanas en las películas animadas de Disney.

La gran diferencia entre sus palabras y su cara al saludarnos me perturbaba aún. Había llegado a vivir en una mansión con nosotros. ¿Qué había que temer? A menos que tramara algo...

Poco a poco nos acostumbramos a Xóchitl. Cocinaba bien, aprendió a usar la aspiradora y también la secadora y la lavadora, pero insistió en lavar los trastes a mano en el fregadero. Contó que su patrón en Reynosa le echó la culpa cada vez que su antiguo lavaplatos rompió un vaso de cristal.

Me extrañaba que ella no sonriera más seguido. Vivía en la misma mansión que nosotros, pensaba. Comía la misma comida, observaba. Pero después de esa primera noche cuando la conocí nunca la volví a ver sonreír. ¿Cómo podría ser infeliz alguien acá en el mero mero paraíso?, me pregunté.

Su actitud debió ser pésima, concluí.

Mi padre nunca reveló detalles de su trabajo ni a mí ni a mi hermana, pero siempre habló de la importancia de tener una actitud positiva, optimista. A veces veíamos las noticias en la tele y de repente compartía alguna observación peculiar. La policía acababa de cachar a un estafador millonario, pero —según mi padre— «el que no transa, no avanza».

Seguía muy de cerca todo el drama alrededor del Chapo. Cuando lo atraparon y lo encarcelaron, gritó a la tele. Cuando se escapó de la prisión, habló de dar una cena lujosa e invitar a todo

el vecindario para festejarlo. Y por fin, cuando lo cacharon y para colmo lo mandaron a los pinches yunait, lloró discretamente por lo bajo. Miró el noticiero con nosotros, pero no pudo creerlo.

Para mi padre, lo destacado del Chapo era su «actitud», pero ahora «estaba chingado».

Un día sábado decidí seguir y atisbar a Xóchitl mientras ordenaba la casa. Quise descubrir los motivos de su actitud negativa. Estoy seguro de que se percató de mi presencia, pero no dijo nada ni me clavó ninguna mirada frustrada.

Al contrario, hizo sus tareas cotidianas. Dobló la ropa. Guardó los utensilios recién lavados. Sacudió el polvo de los muebles. Disimulaba no percibir mi cercanía, y aunque actuaba como si no se molestase, observé que suspiró varias veces y que en toda la casa andaba con la cabeza gacha.

Pocos días después, por mera casualidad, la encontré alzando el cuarto de mis padres y tenía hileras de lágrimas en ambas mejillas. Me envalentoné, acercándome y preguntándole si lloraba, pero de una manera interrogativa y no por preocupación. Con mi pequeño ceño fruncido y los ojos entrecerrados. Me clavó una mirada punzante, brevemente, y vi rabia pasar por sus ojos, pero no levantó la mano.

Se aclaró la garganta y su mirada se volvió opaca, me dijo que padecía alergia. Cambió el tema preguntándome si tenía hambre o quería beber algo.

Era un chavo nomás, entonces desconocía muchos detalles del trabajo de Xóchitl, como su salario u horario. Nunca vi salir a Xóchitl de nuestra casa sin ser acompañada de mi padre o mi madre. Varias veces mi madre fue al súper HEB con ella e hicieron cola para enviar dinero a familiares de Xóchitl en Guatemala a través de Western Union. Una vez mi mamá le regaló una chamarra de marca que compraron en La Plaza Mall, y le gustó.

Transcurrió el tiempo, pero el humor de Xóchitl nunca mejoró. Al principio la creí más simpática que María —la chacha anterior— porque nunca regañaba si se me caía un vaso de cristal o si hacía un desmadre en mi cuarto. Pero ahora me doy cuenta de que era indiferente nomás. Le valía madres. Era un jale, su deber. Estaba resignada, quizá deprimida. Tal vez sofocada.

Una noche, cuando estaba por acabar su estancia en la casa dentro de poco —algo que no sabía entonces—, oí gritos que venían desde adentro del estudio de mi padre. Me acerqué y me paré al lado de la puerta, pero no pude distinguir ninguna palabra. Al rato, se abrió la puerta de un tirón y salió de prisa Xóchitl. Ni me peló, pero pude ver que tenía los ojos muy muy rojos.

Mi padre murmuró por lo bajo desde el estudio: «¡Piiinche indita malagradecida!».

Xóchitl vino a vivir con nosotros en octubre, y en diciembre se desapareció.

El 10 de diciembre mi tío Elías cumplía años e íbamos a ir a su casa en Rio Grande City para la pachanga. No me caía muy bien mi tío, era el hermano menor de mi papá y tenía veintitantos años. Aún

vivía en la casa de mi abuela paterna y nunca había terminado sus estudios en la universidad. Mi papá lo detestaba porque solo venía a nuestra casa para pedir prestada feria. Lo llamaba «gandalla» a su espalda. Cada vez que me saludaba, le daba por frotarme duro la cabeza con un puño, y me dolía.

Xóchitl siempre nos acompañaba a los eventos sociales, pero esa noche dijo que le dolía el estómago. Pidió permiso para quedarse en casa.

Mi padre estuvo de acuerdo, confesó que no era buena idea manejar tanta distancia—era un viaje de una hora— con una mojada como ella en el mismo coche porque la migra andaba patrullando en todas partes. Podría perjudicarla a ella y también a nosotros si la cachaba en nuestro carro, dijo.

Mi madre no le hizo caso e intentó convencerla de acompañarnos. Dijo que solo íbamos a pasar un ratito allá para dar la cara. Habría comida abundante, y si gustaba, podría tirarse unas cuantas chelas. Ella misma se haría cargo de vigilarme a mí y a mi hermana.

Xóchitl insistió en que ni podía incorporarse bien sin sufrir dolores bien gachos.

Mi mamá cambió de tono y le preguntó si necesitaba ir a una clínica para pasar consulta. ¿Quería una pastilla? ¿Una tiscana? Un té calentito de hinojo o toronjil? Ella le agradeció, pero respondió: «No, gracias. Descuide. Un poco de descanso me hace falta nada más».

Yo era bastante joven, pero podía detectar alguna mentirita detrás de su actuación. También me había hecho el enfermo varias veces para faltar a la escuela. Estoy seguro de que mi mamá lo notó igual. Pero en ese momento fue como un cubetazo de agua fría sobre nuestra cabeza. ¿Le caíamos mal a Xóchitl? ¿No nos soportaba? Había asistido a otros eventos de buena gana y hasta creí que lo había pasado bien.

Mi madre se encogió de hombros y dijo que sí, que estaba bien que se quedara. Y le guiñó el ojo y le dijo que si algo malo pasara, debería prestarse el teléfono del vigilante. En esa época, todos teníamos celulares y no había línea convencional en casa. Si Xóchitl quería hablar con su familia, lo hacía en Facebook con el portátil de mi mamá, y mi mamá era la única que sabía hacerlo.

En el camino mi padre se rio e intercambió miradas con mi madre. También había notado la cercanía repentina entre Xóchitl y el vigilante nocturno. «¡Una *chacha* manchando las sábanas, no mames! ¡La mandé a sacudir el polvo, no echar uno!».

La fiesta no estuvo tan mal. Mi tío se portó diferente: estuvo alegrón. Sonreía y no me frotó la cabeza al saludarme. Se encargó del asador y me invitó a acompañarlo y a aprender cómo cocinar hamburguesas, salchichas y fajitas. Me mostró cómo limpiar la parrilla con una cebolla partida a la mitad.

Era un chamaco entonces y no pude explicar muy bien el cambio repentino de humor y actitud de mi tío. Ahora puedo reconocer que estaba ebrio. Además, cuando salió de su propia fiesta a la una de la mañana —algo sumamente extraño y un poco

descortés—, ahora puedo deducir que iba con un fajo de dólares a México para los téibols.

Regresamos a casa a las dos de la mañana. Mientras nos aproximábamos a nuestra mansión, mi padre observó que el auto del vigilante nocturno —un Nissan Sentra negro y antiguo— no estaba parqueado al lado de la calle como él normalmente lo hacía. «De hecho», comentó, no lo vio «en ningún lado». Mi mamá sonrió y le pegó en el hombro de una manera juguetona. «¿Quizá llevó a la chacha a algún hotel!». Los dos rieron.

Mi papá estacionó el auto frente al portón de acceso, pero parecía que la caseta estaba vacía. La luz adentro estaba prendida, pero por la ventana solo se veía una silla desocupada.

Sonó el claxon y esperó un ratito. No pasó nada, no se asomó el vigilante. Sacó su teléfono e intentó llamarlo, pero no contestó.

Mi hermana estaba sentada atrás, igual que yo, y se había dormido en el camino. Se despertó y preguntó qué pasaba. «No sé, mija», contestó mi papá. «No sé».

De repente, mi mamá se enojó. Abrió la puerta del vehículo de un tirón, salió y pataleó, gritando: «¡Nos robaron, hijos de la chingada!». Mi papá nos echó una mirada y guiñó el ojo. «Quédense acá», dijo en voz baja. Salió del auto.

Mis padres se acercaron a la caseta y revisaron. Los vi por el parabrisas. La puerta de la caseta estaba abierta, pero el portón de hierro forjado sobre el driveway estaba cerrado. Mi padre entró y pulsó el botón, se descorrió lento y ruidosamente el portón eléctrico. Hablaron en voz baja y no pude oír nada, pero mi hermana me preguntó: «¿Por qué no llaman a la policía?».

Me parecía muy razonable y no tenía respuesta. «Cuando regresen, le decimos. Están estresados y por eso no están pensando claramente».

Mi papá hizo un gesto con la mano y mi madre regresó al carro y se montó. Pregunté si íbamos a llamar a la policía. Me sonrió y dijo que eso era una buena idea, pero primero mi papá iba a revisar un poco la casa. Quizá todo fuera un malentendido.

Aguanté la respiración mientras veía luz tras luz prenderse en las ventanas de la casa. Mis padres estaban preocupados por algo, pero no lo suficiente como para llamar a la policía. Entonces estaba aún nervioso, pero me tranquilicé un poco.

Transcurridos veinte minutos, mi padre regresó al carro. Se subió y dijo que no faltaba nada. Las computadoras, las joyas, hasta la caja fuerte, todo estaba en su lugar. Puso el auto en marcha y lentamente recorrió el driveway hacia nuestra cochera.

Lo único extraño era que no había pista de Xóchitl ni del vigilante. Mi madre rodó los ojos y especuló: «Se enularon y se zafaron nomás. No tiene tanta ciencia».

Mi hermana se había dormido de nuevo. En la cochera mi padre se bajó, abrió la puerta de atrás del auto, le desabrochó el cinturón de seguridad y con cuidado la cargó hacia la casa y a su cuarto.

Un mes después, mi mamá no se apareció por la escuela para

recogerme en la tarde. Mi hermana y yo esperamos y esperamos. Por fin, una maestra habló con mi tío y él llegó deprisa. Nos dio un aventón, y al entrar en Cimarron, vimos varios carros de la Policía estacionados frente a nuestra casa.

* * *

Cuando cené con mi novia y sus padres por segunda vez, me di cuenta de que algo sucedía. Ella tuvo que haberles dicho algo. O habían averiguado en Google. Los silencios incómodos y uno que otro tic los delató.

Llevaba tres años radicando en San Antonio y tenía veintitrés años de edad. Era gerente de un restaurante tex-mex y ganaba lo suficiente como para tener mi propio departamento y un coche. Mi novia, Lucy, estaba estudiando Derecho en St. Mary's, una universidad católica. Ella y su familia eran gabachos, pero habían vivido en Tejas durante muchas generaciones y hablaban algo de español.

La conocí en un juego de los Spurs, y confieso que su pelo rubio y se ojos zarcos me encantaron desde el comienzo. Era bastante mayor y más alta que yo, pero eso no me molestaba. Como dicen en el Valle y México: «aunque me peguen...».

Ella era muy independiente. Tomó muy en serio sus estudios y pudo pasar días sin verme o llamar. A mí me gustaba tener espacio, aunque de vez en cuando me desesperé si no contestaba a algún mensaje de texto o si respondía horas después con una sola palabra.

Me quedaba claro que ella no me necesitaba, pero nunca me ofendí. Al contrario, lo vi de la manera más optimista: estaba conmigo por el mero placer de mi compañía y no por interés. Lo nuestro era algo ligero pero serio a la vez.

Pasados dos meses de salir me le declaré y quedamos como «novios», pero nuestro ritmo de pareja no cambió para nada. Salíamos los jueves por la noche y pasábamos juntos todo el día domingo. Con ese horario fue necesario acomodar sus clases y mi trabajo. Los viernes y los sábados eran muy pesados en el jale: tenía que abrir a las nueve y media de la mañana y cerrar a las tres de la mañana del día siguiente.

En esa época de mi vida me llamaban por mi segundo nombre: Luisito. Nadie me decía José o Junior, como antes. Había ido a San Antonio en busca de un clean break, no quise llevarme ningún rastro de Mission o mi familia.

Mi apellido era un cáncer y no lo revelaba, al menos que fuera necesario. DeLeon. Sin tilde. Mal escrito. Así aparece en mi acta de nacimiento. Por la gracia de Dios, si buscabas «DeLeon» en Google, en las primeras seis páginas de resultados aparecían solo cosas del viejo salsero «Óscar d'León».

Hasta la página siete aparecía un artículo breve en The McAllen Monitor acerca de la audiencia, que incluía fotos policiales de mis padres vestidos con uniformes anaranjados.

San Antonio era una ciudad grande y diversa en donde podía esconderme entre la muchedumbre de desconocidos. Sí, llegaban

personas del Valle, pero nadie se acordaba del caso. Mientras que durante los últimos años que viví en el Valle, ni podía salir de compras al súper HEB sin sentir en mi espalda el mal de ojo de otros compradores. Ardía. Ni los cajeros se atrevían a hacer contacto visual.

Los noticieros locales habían dado cobertura a cada paso del juicio noche tras noche. De Rio Grande City hasta Brownsville, todos podían reconocer la cara de los dos acusados. Y yo compartía mi primer nombre y apellido con uno de ellos, además de tener la misma nariz respingada y el mismo pelo crespo color café.

En aquella época de mi adolescencia, cuando ya se empiezan a formar parejitas y a aprender del amor romántico, ni siquiera contaba con un solo amigo. Y de salir con alguien, ni se diga. En los cuatro años de la prepa, ni se me ocurrió invitar a alguien a un baile escolar. El rechazo habría sido tajante, apabullante.

Cuando condenaron a mi padre a dos años de cárcel y a mi madre le dieron un año de prisión domiciliaria, no pude creerlo. Era joven aún y no los creía capaces de hacer algo malvado. Para mí, habían sido acusados injustamente a pesar de que un jurado los declaró culpables.

La responsable era Xóchitl —tenía que ser ella— y la odiaba con todo mi ser.

No pude creer nada de lo que había dicho a la policía y a la prensa.

A los diecinueve años de edad intenté suicidarme por primera vez. No fue nada dramático. Aborrecía las armas de fuego, y con mi mal de alturas, no iba a brincar de ningún edificio. Investigué cómo usar una manguera para asfixiarse con el mofle del propio coche, pero entonces ya no vivíamos en una mansión con cochera privada. En el terreno de los padres de mi madre, en Edcouch, me habrían encontrado de volada.

Ingerí muchas pastillas, bebí media botella de vino tinto y me dormí. Me desperté en la sala de urgencias y el doctor insistió en hablar conmigo a solas y sin la presencia de mi madre. Me preguntó por qué lo hice, pero le mentí. Dije que solo quería dormir bien y que perdí la cuenta de las copas que tomé. Dije que normalmente tomaba pastillas para dormir y había sido un error.

Nunca dijo la palabra «suicidarse» y nunca lo admití.

Al día siguiente llegó una trabajadora social al hospital y tuve que mentirle igual. Me dio un cuestionario de cinco hojas que debí llenar. Nunca había sido un alumno sobresaliente, pero igual me di cuenta de que si respondía «sí» a una pregunta como «¿tienes fantasías de lastimarte?», me encerrarían en un hospital psiquiátrico.

Cuando salió mi padre de la penitenciaría, al contrario de mis pocas esperanzas restantes, las cosas empeoraron aún más. Con un antecedente penal así de grave, no pudo conseguir jale. Comenzó a pistear todo el día, todos los días. Discutía con mis abuelos, hasta que un día regresé de la escuela y encontré nuestra troca con la batea llena de cajas. Tuvimos que mudarnos.

No sé por qué mi mamá lo aguantó. ¿El amor? ¿La obligación? ¿La culpa mutua? Hubiese sido preferible quedarnos en la casa de sus padres. Teníamos techo y comida. El hombre que salió de la cárcel tenía poco en común con el padre que conocía. Ya no hablaba de la importancia de la actitud. A todas luces se había vuelto valemadrasta.

Entramos en una etapa muy oscura. Cambiábamos de apartamento o casa a cada rato. Una tía nos prestó su dirección para que mi hermana y yo no tuviéramos que cambiar de escuela tan seguido, pero igual nuestro rendimiento académico sufrió. Por poco no reprobé el segundo año en la prepa, y mi hermanita tuvo que tomar clases en el verano.

Pero no todo fue malo. La tercera vez fue la vencida y mi padre al fin ganó un caso de disability por su diabetes crónica, que había empeorado durante su tiempo en la cárcel. Comenzó a recibir una pensión mensual y dejó de beber cuando dos dedos de su pie derecho se pusieron morados y tuvieron que ser amputados.

Con la ayuda de una ONG, mi madre hizo el trámite legal para el sellado oficial de su expediente penal por solo ser un delito menor. La había juzgado por cómplice y no por traficante. Ya con su récord limpio, agarró jale como conductora de un autobús para el distrito escolar de Edinburg.

No obstante, yo estaba tan deprimido y aislado en mi escuela que nada pudo levantarme los ánimos. Los logros de mis padres eran aviones de papel volando en contra de un viento huracanado.

Una noche volví a tragar pastillas y esta vez terminé una botella entera de whisky. Sentí fuertes ganas de vomitar, pero aguanté las arcadas y medio mareado concilié sueño en el sofá de nuestro living.

Me desperté en el hospital con el sonido de mi madre llorando y rezando el rosario. Cuando abrí los ojos, dijo que era un milagro.

Me maldije.

Esta vez no tuvieron que entrevistarme para tacharme como deprimido y en alto riesgo de lastimarse. Cumpliendo el protocolo del hospital, una enfermera me acompañaba las veinticuatro horas. Tenía que dejar la puerta abierta cuando iba al baño. Para ducharme, se paraba al lado de la cortina de la regadera y me preguntaba cómo iba cada tres minutos.

Pasadas dos semanas, no me dieron de alta, sino que me transfirieron a otra ala del hospital público. Tuve que compartir un cuarto con otros tres pacientes y había una cámara elevada en la esquina. La puerta no se cerraba con llave, pero el pasillo siempre estaba lleno de doctores y enfermeros. Apenas daba un paso por fuera del cuarto y ya se me arrimaba una enfermera preguntona.

Como mayor de edad, me confundió el hecho de poder estar prácticamente preso sin mi consentimiento, pero la trabajadora social me dijo que había una orden del juez y que esta fue solicitada por mi madre. Fue provisional y me iba a evaluar de nuevo en dos semanas.

Cuando me hablaron de antidepresivos, no estaba ni a favor ni en contra. Pero el cálculo era simple para mí: mi depresión se debía a mis padres y la muerte era la única solución. Ellos tenían la culpa.

Además de acabar mi sufrimiento, los haría sufrir. Dos pájaros. Una piedra.

No hacía falta medicina para algo tan obvio y sencillo.

Igual tomé las pastillas que me prescribieron cada día y asistí a las sesiones con una psiquiatra y otras sesiones con una terapeuta.

Pasadas dos semanas, me ubicaron en los casos de bajo riesgo. Vino una trabajadora social del Salvation Army y me habló de un albergue. Hasta entonces había negado toda clase de contacto y visitas de mis familiares. Me porté bien y seguí las reglas porque temía ser echado a la calle y obligado a volver con mis padres.

Con mi terapeuta tracé una línea de altibajos de mi vida. Podía comprender mi descenso reciente, que comenzó cuando quise estudiar en un community college, pero no pude sacar préstamos porque mi historial crediticio estaba chingado. Me enteré de que mis padres habían usado mi identidad y número de seguro social cuando era menor de edad para cometer fraudes en eso de bienes raíces y sacar préstamos que nunca pagaron.

En el albergue del Salvation Army seguí reuniéndome con una terapeuta, y conceptos generales como «la culpa» y «la responsabilidad» se me aclararon. Mis padres habían hecho cosas malas que me perjudicaron. Yo era su responsabilidad entonces, y era su culpa. Yo estaba pagando algunas consecuencias ahora, pero no era mi culpa. Aunque mi vida era mi responsabilidad ahora y el pasado no se podía cambiar.

Fue entonces cuando decidí mudarme lo más pronto posible a donde fuera que no sea el Valle.

* * *

Después de la desaparición de Xóchitl, no contratamos a una nueva *chacha* de volada. Al contrario, mis padres hablaron con una vieja chilanga y quedaron en que iba a venir a limpiar la casa y lavar la ropa dos veces por semana. Me daba risa su manera de hablar, siempre confundía «ahorita» con «luego luego».

Almorzábamos migas todos los días antes de ir a la escuela, y en la noche salíamos para cenar si mi padre estaba en casa. Si no estaba, mi madre nos hacía a cada uno un sándwich de jalea con crema de cacahuete.

Para el día de San Valentín hicimos una fiesta en mi clase. Traje caramelos y tarjetas para regalar a todos mis compañeros y compañeras, sin discriminar. Pero una chava que se llamaba Estefani me pasó una nota por lo bajo. Abrí la hoja de papel y había escrito a mano una pregunta: «¿Tienes una novia?».

Apenas estaba en el quinto año de la primaria, pero algunos amigos ya habían comenzado a interesarse por muchachas. Yo no, y no sabía cómo responder a la nota de Estefani. ¿Debería hablarle en persona aparte? ¿Debería escribirle algo? ¿Debería hacerlo ese mismo día? ¿Me gustaría tenerla como novia? ¿Cómo era todo eso?

Se acabó la jornada escolar y seguía en trance, no noté cuando transcurrió media hora y mi madre no llegaba a recogerme. Parado

buen rato, mi hermana y yo, en la banqueta, ella se puso nerviosa, pero yo abría y leía la nota y la cerraba cientos de veces. Por fin una maestra se nos acercó y nos dijo que volviéramos a entrar en la escuela. Nos sentamos en la oficina del subdirector y una maestra de cuarto año intentó llamar a nuestros padres. Ninguno contestó.

Por suerte, tenía el nombre y el número de teléfono de mi tío en caso de emergencia.

Marchábamos muy lento y, al ver los carros de policía, mi primera impresión fue que esta vez sí nos habían robado. Sentí latir mi corazón en el pecho y estaba muy preocupado por mis padres. Mi hermana comenzó a llorar y mi tío le dijo en inglés: «It's okay, baby girl, it's okay».

Apenas se detuvo el coche, abrí la puerta y me bajé, pero de golpe me sentí mareado y me temblaron las piernas. Vi puntos blancos. Mi tío me mandó a subirme al coche de nuevo y esperar adentro con mi hermana. Iba a averiguar «qué onda».

Esperaba de pie al lado del portón de acceso y al fin se asomó un policía. Era un joven flacucho medio calvo con la nariz raba y una barba candado. La rascaba mientras hablaba. Distinguía algunas palabras mientras mi tío se agitaba más y más. Regresó al carro y dijo que nuestros padres estaban bien, nomás habían ido a la delegación para contestar algunas preguntas.

Le pregunté si nos habían robado. Esperó un momento, bufó fuerte y respondió sin mirarme a los ojos: «Nada que ver, mijo».

Sacó su celular y comenzó a marcar un número cuando mi hermana le preguntó si podíamos entrar en la casa. Dijo que no. Le preguntó si íbamos a la delegación para ver a nuestros padres. También lo negó.

Alzó la mano para callarnos y empezó a hablar por teléfono. Dijo en voz alta que mi hermana y yo necesitábamos pasar la noche en la casa de nuestra abuela. Iba a explicar todo en persona al llegar.

Supe que algo malo había ocurrido y mi hermana también. Nos ocultaba algo. Nuestros padres estaban en problemas, pero no podíamos imaginar por qué.

Pasadas dos semanas, mi madre logró pagar la fianza y le dieron arresto domiciliario pendiente de una audiencia final. Mi tío la trajo a la casa, y apenas pasó por el quicio de la puerta, mi hermana se le pegó y la abrazó entre sollozos.

Yo no sabía cómo sentirme. Guardé un poco de distancia, en parte, porque me costó reconocerla. Le habían cortado el cabello y no tenía sus queridas uñas acrílicas. Nos explicó que en la prisión había muchas peleas entre mujeres y estaban prohibidas. También estaba muy muy flaca.

Sentí un poco de desconfianza. En las noticias y en mi escuela había oído todo lo que decían acerca del caso legal. Fue la primera vez que escuché el término «trata» como «la trata de personas». Según la versión de Xóchitl, con la ayuda del vigilante se había «escapado» de nuestra casa e ido a la policía para denunciar a mis padres por «haberla esclavizado».

¿Podría ser cierto?, me pregunté varias veces, confundido.

Pero en ese momento me miró y luego mi hermana me miró y sus sonrisas genuinas me despejaron las dudas. Aunque fuera una criminal, seguiría siendo mi madre y me amaría. Me correspondía hacer lo mismo. Durante su tiempo encarcelada, me había hecho mucha falta. Me acerqué y la abracé.

No regresamos a la mansión en Cimarron. Mi madre dijo que la prensa nos acosaría, pero yo sospechaba que tenía que ver con dinero. Sin los ingresos de mi padre, pagar la hipoteca quizá fuera imposible. Además, ella había prestado dinero de todos nuestros familiares para pagar su fianza y su abogado, Fabián Guardado.

Éramos pobres. Así de volada.

La policía había decomisado todo el dinero de la caja fuerte y las joyas, básicamente, cualquier cosa de valor en la mansión por ser fruta ilícita de negocios clandestinos. Creían que mi padre tenía algún vínculo con la maña. Con las cuentas bancarias embargadas, no teníamos ni un mugre peso a nuestro nombre.

Mis padres insistieron en que eran inocentes, y yo les creí. Si Xóchitl hubiera sido una esclava, ¿por qué no se habría acercado a hablar con ningún empleado o policía en el mall o el súper HEB? Si Xóchitl no hubiera sido pagada, ¿por qué existían recibos de Western Union con sus familiares como destinatario?

Dijo que trabajaba todos los días, de las cinco de la mañana hasta las dos de la mañana del día siguiente, lo cual era mentira. Yo recordé que siempre se despertaba después de que mi papá iba al trabajo, alrededor de las ocho. También me acordé de que siempre se dormía alrededor de las diez, luego de ver su telenovela favorita: *La hija del mariachi*. Varias veces me levanté y bajé a la cocina por la noche, buscando qué botanear, así que pasaba por el cuarto de servicio, y roncaba tan fuerte que se podía oírlo por los resquicios de la puerta.

Pero yo solo era un chavo y no me iban a permitir dar testimonio en algo tan serio.

Xóchitl también mintió cuando dijo que tenía que cortar la yarda y podar los setos. Gabriel era al hombre que pagábamos para hacer eso, pero, a la hora de la hora, se negó a dar testimonio.

Nadie quiso arriesgar nada por mis padres. Y no solo fueron ellos los que sufrieron rechazo.

A mi hermana y yo nos evitaban los demás alumnos en la escuela, como si fuéramos capaces de contagiarles con la peste negra. Mi abuelo era dueño de algunas funerarias, «DeLeon», y chismoseaban que no era honesto y ganaba lana por almacenar mota en los locales para la maña.

Yo sentía una rabia tremenda y mi blanco era Xóchitl. Le deseaba lo peor. Me alegró cuando mis padres no aceptaron el acuerdo conciliatorio ofrecido por el fiscal e insistieron en un juicio. Confiaba con todo mi ser que un jurado iba a poder detectar las mentiras y exageraciones de ella. Lo creí cuando Fabián Guardado dijo que Xóchitl era «una pinche mojada que mentía para sacar papeles».

Pero el jurado no le creyó. Los declaró culpables y condenaron a mis padres.

* * *

En el baño de la casa de los padres de Lucy hay una ventanita y siempre me ha extrañado una abertura por donde se filtran los rayos del sol en un lugar tan privado. Esta vez no reflexiono tanto. Me lavo las manos, recio, y después me lavo la cara con agua tibia. Si tardo más tiempo dentro, van a notarlos.

Pocos minutos antes, frente a la familia de Lucy, había sentido ganas fuertes de hacer un espectáculo, pero me las tragué. Lucy se había apartado para hacer una llamada y me levanté para llenar mi vaso de jugo, cuando su madre se me acercó de pronto y me abrazó inesperadamente. Dijo que también había tenido una relación complicada con sus padres, que me apoyaba.

Me puse rígido y me enojé, pero no dije nada. Solo hice una mueca. Sabía que Lucy iba a enterarse de lo de mi familia eventualmente, así que se lo conté hacía meses mientras compartíamos una botella de vino tinto. Pero eso de contarle a su familia así, ¿sin decirme nada?, ¿sin aviso previo? Pedí permiso y dije que tenía ganas de ir al baño.

Hace seis meses intenté dejar de usar antidepresivos. Siempre me han jodido el estómago, así que resolví no usarlos como una prueba. Pero apenas pasada una semana, volví a tener las mismas pesadillas de mi infancia. Iba deslizándome por una escalera, entonces tropezaba y me caía para atrás. Siempre me despertaba con las piernas levantadas, y mi compañero de cuarto de entonces me preguntó una vez si soñaba que jugaba fútbol, por tantas patadas que daba a las sábanas.

Comencé a percibir cosas con el rabillo del ojo, sombras que se movían. Aunque giraba la cabeza rápidamente nunca vi nada. La visión de algo oscuro que regresaba por detrás —una sensación de inquietud constante y creciente— me convenció de volver a usar los antidepresivos.

Hace un año volví a hablar con mi madre por teléfono. Debido a su diabetes, mi padre se enfermó muy mal de los riñones, y a pesar de sus tratamientos de diálisis, falleció hace catorce meses. No fui al entierro. Ni envié flores.

Mi terapeuta en San Antonio me ha dicho que deje de pensar en el pasado. Hay que vivir en el día de hoy. Pero a veces me rompo la cabeza intentando comprender a mis padres y sus actos durante mi infancia. Lo que más me inquieta es que estas dos cosas pueden ser verdaderas a la vez: engañaron a una migrante para que chambeara por poca feria en una situación de explotación, pero me amaban y me consentían y eran a todas luces padres ideales.

Dejé de odiar a Xóchitl hace mucho, después de reflexionar bastante. Si pudiera tenerla de frente, le pediría disculpas. Yo sé

que era un chavo nomás, pero debí de haberme dado cuenta de que algo pasaba por lo menos. Que ella sufría. Que algo andaba mal.

Pero si pudiera tener a mi padre enfrente, también le pediría disculpas. Cometió un delito y pagó las consecuencias, pero yo le cobré de más. A pesar de todo el cariño que me brindó cuando yo era muy joven, yo le di la espalda cuando más me necesitaba. Y nunca tuve la valentía para admitirlo y hablarle.

Cierro la llave, me seco las manos y salgo del baño. Lucy está sentada en la mesa de nuevo. Su madre y padre no están. Me sonrío y le sonrío. Me siento al lado de ella y escondo mi cara en su hombro. No quiero que sus padres me miren las lágrimas cuando vuelvan.

Estoy pensando en visitar McAllen. Podría ver a mi madre y también a mi hermana, que está embarazada. No la he visto desde su boda en la Isla del Padre.

Por una parte, me da pavor pensar en cómo sería andar sobre esas calles y por esos lados de nuevo. ¿Se habrán olvidado ya del famoso caso «DeLeon»? De todos modos, quiero volver porque también la memoria se me está volviendo borrosa. Quiero regresar para ver la mansión de Shary Road. Y la primaria donde estudié. Y la prepa donde me gradué.

Un día de estos lo haré. Algún fin de semana quizá.